

singular entonación, que Lydia levantó los ojos para interrogarla; pero la condesa, erguida, con la boca entreabierta y la frente sombría, como si quisiera tomar una resolución suprema, detuvo con un gesto á la joven, y reiterando su ruego con insistencia, le dijo:

—Sepa yo siempre dónde estás, y si te llamo prométeme venir sin pérdida de tiempo.

—Lo prometo.

—Está bien; ahora ya estoy tranquila. Hasta mañana.

Abrazó estrechamente con maternal afecto á la huérfana, y se alejó. Lydia quedó sola.

X

Al presentarse en el comedor para almorzar al día siguiente, los huéspedes de la villa supieron con asombro que la señorita Audrimont había partido para París. La condesa volvía de despedirla de la estación en aquel momento, y como el barón Tresorier aventurara una pregunta, Mina, con perfecta tranquilidad, dijo que teniendo Lydia la administración de su fortuna, se veía obligada á ocuparse por sí misma de negocios que las mujeres encargan habitualmente á un tutor ó á un marido, y que su ausencia se prolongaría durante algunos días.

—Será inútil que vuelva á Deauville—añadió—porque la estación avanza y pronto nos dirigiremos á las posesiones de Cravant para dedicarnos á la caza. Allí se nos reunirá directamente.

Así quedó justificada á los ojos de los íntimos la ausencia de Lydia.

El barón de Cravant, que paseaba desde por la mañana acompañado de Armando por el camino de Honfleur, no recibió las explicaciones generales; pero entró en la villa con un aire pausado y abstraído que no le era habitual, sin dirigir á nadie preguntas, lo cual hizo suponer que el conde le había dado en su paseo tan poderosas razones, que se había visto obligado á inclinar la cabeza ante ellas.

La entrevista celebrada entre ambos primos fué preparada por la señora de Fontenay, quien por la mañana llamó á su marido, y con una tranquilidad perfecta le anunció que Lydia le acababa de informar de su indispensable marcha en aquel mismo día. Como Armando se mostrase absorto por la forma inesperada que tomaba un desenlace cuya ejecución le pareció que suscitaba insuperables dificultades, la condesa añadió con naturalidad completa:

—Creo de mi deber confesarte que esta marcha, tan parecida á una fuga, se debe á las asiduidades de Cravant. Tanto ha insistido en sus peticiones, que nuestra huésped, llena de inquietud, ha creído amenazada su libertad, su se-

guridad perdida, y no queriendo usar de rigor con un hombre que á sus ojos no ha cometido otro yerro que el de amarla, me ha rogado, puesto que fuí la medianera de Pablo para pedirle su mano, que sea su intérprete para hacerle perder toda esperanza. Sale de aquí esta misma mañana, y te ruego tengas la bondad de conducir á tu primo lo más lejos posible para que podamos tener el campo libre.

—Si quieres que al mismo tiempo—dijo Armando—te evite el trabajo de darle una explicación con respecto á la marcha de Lydia...

—Mucho te lo agradeceré.

A las nueve de la mañana los dos primos salieron á caballo y volvieron al media día, en muy buena inteligencia aparente, pero separados por una hostilidad real. Por ligero que fuese, el baron comenzaba á encontrar en los acontecimientos en que había intervenido desde hacía seis meses, muy sorprendentes circunstancias, y reflexionando un poco más de lo que tenía por costumbre, llegó á adquirir la certeza de que la oposición de la señorita Audrimont coincidía con todos los síntomas de agitación notados por él en la existencia, hasta entonces tan tranquila, de Armando y Mina.

Para adivinar que la señorita Audrimont había sido la causa de aquel trastorno no eran precisos grandes esfuerzos de imaginación. El elegante joven siguió discurrendo y llegó á des-

cubrir consecuencias tan extraordinarias y tan contrarias á la realidad de los hechos como no era posible hallar otras.

Para penetrar completamente el misterio de los pesares de Mina y de las tristezas de Armando; para comprender las causas exactas de la partida de la señorita Audrimont, era preciso darse cuenta del heroísmo de la mujer, de la probidad del marido y de la virtud de la joven. Era aquel un problema demasiado complicado para las cualidades analíticas de Cravant. Sospechó mucho, pero no profundizó, y, por lo tanto, no pudo adivinar el sentido oculto de aquella aventura, hasta pasado algún tiempo.

La actitud de Armando y de la condesa eran las más á propósito para despistar á sus amigos, pues en su presencia se mostraban tan tranquilos de espíritu como si nada hubiera sucedido.

El marqués de Villenoisy celebró el primer día una larga entrevista con la condesa, pero como el viejo diplomático gozaba de particulares privilegios en la casa desde hacía mucho tiempo, nadie se asombró de que Mina le dedicara más tiempo que á los demás.

Armando hizo gala de su actividad, montaba á caballo desde por la mañana hasta la noche, y hubiérase dicho que quería rendir su cuerpo de fatiga.

El paseo á caballo le proporcionaba la innegable ventaja del aislamiento. Dirigíase hacia

los acantilados de la costa, ataba su caballo á un árbol, y, sentándose allí, soñaba despierto, mirando vagamente el horizonte infinito.

El ruido de las olas, rugientes sin cesar, servía de eco, al llegar á sus oídos, de la sorda queja de su corazón. Entusiasmado con aquella agitación sin tregua parecía que, ante aquel espectáculo, la irritación profunda que en él dormía se apaciguaba.

No tenía noticias de Lydia, é ignoraba lo que había pasado entre ella y Mina, porque era indudable que algo debió ocurrir. Cuando él creía tener que dar explicaciones á su mujer acerca de la marcha de la joven, habíala encontrado resignada, como una persona que ha recibido confidencias. No se atrevía á interrogarla, temiendo alguna respuesta violenta, pero al verla pálida, con los ojos hundidos, dolorosas sonrisas y, sobre todo, con los cabellos encanecidos en pocos días, adivinó que dominaba algún pesar á la señora de Fontenay, haciéndole envejecer diez años en dos semanas, cuando tan bella se había conservado hasta entonces.

Su sufrimiento era tan ostensible, que sus amigos, alarmados, la prodigaron una solícitud afectuosa. Pero ella, no queriendo que la compadeciesen, acogió sus temores con una tranquilidad tan perfecta que no se atrevieron á insistir.

Un extraño malestar pesaba sobre aquel ve-

raneo, tan alegremené comenzado, y poco á poco los huéspedes fueron alejándose. La señora de Jessac abrió la marcha, después Tresorier y su mujer. El marqués de Villenoisy fué llamado bruscamente á París, y Firmont, que con su olfato de artista había adivinado un drama íntimo, se quedó el último acompañando á Cravant. Pero una hermosa mañana se despidieron y la condesa se quedó sola frente á frente con su marido. Entonces, como habían anunciado, dejaron Deauville para dirigirse al campo.

Sirvióles á ambos de gran alivio el no tener que dominarse para simular una alegría que estaban muy lejos de sentir y para poner buena cara á sus amigos. Allí, en los vastos salones del castillo, en los desiertos espaciosos del parque, podían aislarse y entregarse al descanso de estar tristes á sus anchas. Sólo se veían á las horas de comer, pues el resto del día Armando se encerraba en su gabinete y leía ó fumaba, viendo en las páginas de su libro ó en las oscuras espirales del humo de su cigarrillo dibujarse una deliciosa figura de mujer, nunca evocada, pero siempre presente, como si hubiera quedado algo de ella adherido indisolublemente á él. En el silencio de la soledad dejábase dominar por crisis de pesar semejantes á la locura, saliendo al cabo de algunas horas de su habitación pálido, silencioso, demarcado, como un verdadero espectro de aquel Armando joven y alegre que todos habían conocido.

Trataba á Mina con una dulzura y una bondad que arrancaban lágrimas á la pobre mujer. Nunca, ni aun en sus horas de más furiosa exasperación, pronunció una frase de que hubiera tenido que arrepentirse. Era evidente que se había fijado una norma de conducta y hecho de ella un deber para no dar á la condesa el menor motivo de queja; y ya que se sentía moralmente culpable con respecto á ella, quería asegurar su tranquilidad material. Desgraciadamente no obtuvo aquella tranquilidad. También la pobre Mina estudiaba para no atormentarle, para evitarle todo motivo de inquietud, cuidando de aquel pobre corazón herido con angélica piedad. Curarle, ó al menos consolarle, hubiese sido su desiderátum, pero ¿cómo conseguirlo sin abordar las discusiones necesarias sobre tan terrible asunto? Ya lo intentó cuando aun no estaba segura de su común desgracia; pero ahora que la sabía, temía remover las cenizas, aun calientes, de donde podía brotar una chispa y destruir lo poco que le quedaba de dicha.

Una singular transformación se fué operando en su amor, el cual, sin perder su profundidad, se hacía más indulgente, más dulce, más caritativo. Sus celos y su desesperación se convertían en una negra tristeza por ver sufrir al sér adorado, y en un deseo de calmar sus dolores. No abrigaba contra él cólera de ningún género, y hasta hubiese deseado ser la confidente de sus

penas. Encerraba en su alma tesoros de afecto tales, que la habían permitido escucharle y compadecerle, pues insensiblemente y sin darse cuenta de ello su ternura de esposa se fundía en una ternura maternal, y llegó á ver en Armando más bien un niño cuyo pesar enternece que un esposo cuyo dolor ofende.

El mal humor del conde á pesar de su afán por mostrar á Mina una fisonomía tranquila, para lo cual se contenía, durante dos horas todos los días, en su presencia hacía imposible todo consuelo. Unicamente á solas se dejaba vencer en un abandono completo de su voluntad, en recompensa de los esfuerzos que antes sostenía. No pensaba en su marcha á París, no invitó á nadie para distraer su hastío, prefiriendo su tristeza á toda clase de distracciones, pues sufrir por amar á Lydia era para él un amargo goce.

La condesa recibió, como esperaba, noticias de la huérfana, dándole cuenta de haber llegado á Escocia, donde la familia de miss Griffith, y sobre todo el padre de ésta la había dispensado una acogida sencilla y cordial que la conmovió. Un tierno afecto la unía ya á la menor de las hermanas de su señorita de compañía, que la animaba á comprar una pequeña propiedad y á vivir durante algún tiempo á su lado. Paseábase á menudo por las montañas con la infatigable Griffith, no cansándose de admirar los hermosos lagos y las agrestes perspectivas de

las colinas cubiertas de maleza. Si no el olvido, había hallado al menos en aquella tranquila existencia el adormecimiento de sus penas, acabando por confesar que no era del todo desgraciada.

Al leer la carta, Mina no pudo menos de llorar. ¡Qué diferencia entre el modo de amar de Lydia y el suyo. El alejamiento, el espacio, la contemplación de un horizonte nuevo, habían bastado para dar á la joven una calma inmediata. En cambio, nada distraía su incesante preocupación. ¡Qué espectáculo hubiera podido calmar sus penas! ¡Qué ambiente la hubiera absorbido lo bastante para no sentir la punzadora angustia de su dolor! ¿Quién sabía si Lydia, al cabo de algunos años, tal vez de algunos meses, olvidaría por completo y abriría su corazón á una nueva ternura hacia otro hombre? Pero, para ella, aquel era el último amor, el que precede á la tumba.

Rompió la carta que la había afligido é irritado, como si despertase en su sér un sentimiento de envidia hacia aquella indiferencia innata en la juventud. Apenas la hizo menudos pedazos, se arrepintió de ello, pensando que más hubiera valido dejarla como olvidada sobre una mesa para proporcionar á Armando la ocasión de leerla á fin de que hiciese á éste un efecto beneficioso la comparación entre la tranquila tristeza de Lydia y su rudo tormento. Aun cuando sufriera,

como sufre el paciente mientras le cauterizan una herida, bien venido fuera el sufrimiento si servía para curarle. Sin embargo, después de reflexionar, juzgó más prudente evitar que Armando supiese dónde estaba la joven, pues todo era de temer en un momento de exaltación, hasta que intentase ir en su busca, promoviendo un conflicto irreparable.

La pareció lo mejor procurarle distracciones, porque la desesperante monotonía de aquella existencia ejercía, sin duda, una influencia funesta sobre su triste humor.

Una noche, después de comer, Mina se cogió á su brazo, y conduciéndole al saloncito é instalándose al lado de la chimenea, le dijo:

—¿No piensas invitar á algunos de tus amigos á cazar? Al dar un paseo he visto gran cantidad de conejos, y como todo el mundo sabe que no te gusta cazar solo, nuestros habituales huéspedes de todos los años se admirarán de no recibir aviso tuyo. Vamos á echarlos mucho de menos.

El respondió con movimientos de cabeza cuya significación era muy dudosa, pero que dejaban traslucir claramente que la proposición no le entusiasmaba. Mina no se dió por vencida, y con dulce insistencia replicó:

—Tal vez la presencia de extraños te fatigue algo al principio; pero ya verás cómo te acostumbrarás y te entretiene el deber de hacerles agradable su estancia aquí.

Nunca, hasta entonces, había hecho la condesa alusión directa á las penas de Armando, á pesar de la tácita conformidad entre ambos de que existían dichas penas, y aunque afectaran no acordarse de ellas. Al oír sus últimas palabras, Armando se sonrojó y quiso leer en el fondo del pensamiento de su mujer su verdadero sentido. La condesa, segura de su irreprochable conducta, sostuvo con tranquila resolución las miradas de su marido, que, poseyendo la conciencia de su sacrificio en aras del deber, no rehuía una explicación. Argumentos irrefutables existían en favor de ambos, pues si bien Mina podía decir: «todo lo he sufrido por tu amor,» él tenía derecho á responder: «tu reposo fué para mí más que mi dicha.» Triste era que con tan perfectas intenciones sólo hubiesen conseguido labrar su mutua desgracia, condenándose á arrastrar juntos la cadena, por cubrir las apariencias.

A tener en aquel instante Mina la audacia de abordar francamente la cuestión y poner el dedo en la llaga, quizás hubiera conseguido curarla, pues una explicación, aunque violenta, en vez de aquel sombrío retraimiento que les separaba, podía haberles unido de nuevo, llevándolos, por medio del afecto sólido encerrado en sus corazones, á un acuerdo definitivo. Los mutuos consuelos, las lágrimas vertidas en común, hubieran purificado su pensamiento, les hubieran prestado fuerzas para vivir, en vez de lan-

guidecer roídos por la idea de que unidos no podrían ser felices.

—Haz lo que quieras, querida Mina—dijo el conde.—Si juzgas necesario tener gente, invita á quien quieras, mas no lo hagas por complacerme, porque prefiero la soledad á todo en estos momentos.

Al escuchar á Armando, que antiguamente no podía pasarse sin un cortejo numeroso y animado, aquella profesión de fe misantrópica, Mina sintió oprimirse dolorosamente su corazón, no tuvo valor para insistir, y aproximándose á su marido le dijo:

—Sea como quieras; pero si tanto gusto vas tomando á la soledad, llegará un día en que ni á mí me podrás soportar á tu lado...

Al acabar sonrió tristemente, y en voz baja, en la cual se adivinaban las lágrimas, añadió:

—¡Y entonces será preciso que me vaya!

El conde se puso en pie, y con ojos centelleantes exclamó:

—¡Tú, Mina, tú! ¡Qué sería de mí si no te tuviera á mi lado! ¿Acaso no formas parte de mí mismo? Lo poco que valgo te lo debo; eres mi ángel bueno, y si me dejaras, ¡Dios sabe lo que sería de mí!

Ella oprimió sus manos, le obligó á sentarse á su lado y le dijo con ardiente ternura:

—Ya veo que te aburres aquí; no te pregunto nada, no quiero más que compadecerte y con-

solarte. Mi papel cerca de ti, como acabas de decir muy bien, debe ser todo dulzura. Mejor querría morir que causarte la menor pena. Confíame tus preocupaciones y procura cuidarte. Cambiemos de país; la tristeza y la misantropía en que vives no conducen á nada; ¿quieres que viajemos? Vamos á Italia, á Nápoles, á Palermo. ¿No es bastante lejos para olvidar tus tristes recuerdos? Encaminémonos á Oriente, al otro lado de los mares, bajo nuevos espacios, donde ni un átomo del pasado pueda seguirte, donde todo sea distinto, curioso, seductor. Yo seré tu guía, y te prometo no mostrarte más que cara sonriente, no dejarte escuchar más que palabras alegres.

Mina le oprimía, le rodeaba con sus brazos, le arrastraba ardientemente para hacerle salir de aquel camino fatal en que le veía perecer. Olvidando sus torturas, no pensando más que en las de aquel por quien había vertido tantas lágrimas, se hallaba dispuesta á derramar por él toda la sangre de sus venas.

Armando comprendió todo el sublime desinterés que encerraba la tentativa de Mina, pero su herida era demasiado profunda para curarse por tal medio. Seis meses antes, en el momento de la primera explicación, una brusca partida para países lejanos hubiera podido salvarle; pero ahora era demasiado tarde. Agitó la cabeza indolentemente y, en tono desanimado, dijo:

—No, no laves á cabo proyectos tan extraor-

dinarios, te lo ruego. La calma de nuestra vida habitual es lo que únicamente puede satisfacerme.

—Quedémonos, pues—dijo Mina con fingida alegría.—Procuraremos distraernos sin ayuda de nadie.

Continuaron viviendo solos, redoblando mutuamente cuidados y atenciones, y aquellas dos pobres almas doloridas no tuvieron el valor de llegar á una confesión completa que, al conducirles hasta el paroxismo, modificará favorablemente su estado moral. ¿Qué podía existir más espantoso que llorar siempre y vivir desconfiando?

Un pequeño incidente ocurrido hacia fin de Septiembre, á unas cien leguas del castillo de Cravant, produjo un cambio serio en su situación. Héctor Firmont, que á su pasión por la escena unía la afición á la caza, después de hacer uso de diversas invitaciones que le proporcionaron sus relaciones con el *gran mundo* en las mejores casas de los alrededores de París, pensó en trasladarse á Inglaterra para matar algunas perdices y liebres en el Yorkshire; lord Mellivan-Grey le había invitado hacia mucho tiempo á quemar en su compañía trescientos ó cuatrocientos cartuchos diarios en sus extensos dominios. Después de permanecer una semana en Grey-House y de una matanza como no había presenciado nunca ni aun en las suntuosas cacerías

de la *alta banca*, Firmont, arrastrado por el joven lord Fitz-Geral, se internó en Escocia, instalándose en una granja, á fin de dar una batida á los gamos.

La víspera del día en que iba á efectuar su partida el sentimental Héctor, dominado por sus ensueños, trepó por una colina donde se sentó, dejando vagar su mirada por el maravilloso paisaje que se desarrollaba ante su vista. A sus pies corrían las azuladas aguas de un lago rodeado de montañas de un rojo violáceo, cuyas cimas rocosas se destacaban á lo lejos entre una bruma espesa, pero transparente. Un sol espléndido iluminaba aquel admirable sitio, y el aire era tan puro que los ojos parecían penetrar hasta el interior del cielo. Reinaba un silencio profundo en torno de Firmont, que, conmovido, veía acudir á su imaginación algún período *ad hoc* en prosa ó verso de los que siempre hallaba para todas las circunstancias de la vida.

Un ruido de pasos le sacó de su contemplación, haciéndole volverse con enojo; pero su rostro expresó una sorpresa mezclada de alegría al reconocer, imprimiendo su sombra gigantesca en la arena, á su amada de Deauville á miss Griffith. Tras ella iba la señorita Audrimont. Levantóse vivamente el actor, y dirigiéndose á las dos

—¡No me engañan mis ojos!—dijo.

El efecto que produjo su exclamación le dió

á conocer el grado de placer que su encuentro proporcionaba á Lydia. Se detuvo ésta brusca-mente, frunció el entrecejo, y no pudiendo esquivar al joven, se acercó á Griffith que, con la mayor candidez, cambiaba con Firmont vigorosos apretones de manos.

—¡Cómo, mi querida señorita Audrimont... ver á usted por última vez en Deauville—continuó el joven actor con exagerada entonación—y volver á encontrarla en Escocia sobre una montaña, frente á un lago! ¿Pero es usted efectivamente ó es Diana Vernon que sale del Rob Roy de sir Walter Scott?

—Soy yo, Lydia Audrimont sencillamente—respondió con calma la joven.—Vine con miss Griffith á pasar algún tiempo al lado de su familia. El país es magnífico, adoro los paseos por el campo, como sabe usted, y cada día recorremos una parte del valle ó del monte. A eso debo el placer de haberle encontrado. ¿Permanecerá usted aquí mucho tiempo?

—¡No! Pienso llegar á París dentro de dos ó tres días. ¿Tiene usted algún encargo que darme para sus amigos?

Lydia se puso seria, y con voz algo áspera dijo:

—No tengo ningún encargo para París; por el contrario, agradeceré á usted que no diga que me ha encontrado aquí... Vivo tranquila... me molesta que me escriban, porque he adquirido